

"El Evangelio y la Salvación"

Muchas iglesias enseñan que los bebés nacen con el pecado original. Ellos dicen que este es un pecado heredado, un pecado original que corrompe aún a un niño, que estaría completamente perdido e incapacitado de escoger o incluso desear a Dios. Algunos afirman que sin la intervención milagrosa de Dios, una persona no puede responder al llamado de Dios para que reconozca al evangelio. Dicen que una persona debe pasar por una experiencia espiritual con Dios antes de que siquiera poder creer en Jesucristo.

Pero leyendo la Biblia—y especialmente esas primeras historias de conversión en el libro de los Hechos, encuentras algo muy diferente. En lugar de historias sobre una experiencia milagrosa que abra los corazones corrompidos de las personas para que puedan creer, lees acerca de los apóstoles y discípulos predicando el evangelio a los perdidos. Predicaban cómo Jesús cumplió las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento y las buenas nuevas de la muerte, sepultura y resurrección del Señor. Cuando la gente escuchaba la predicación, creían y respondían a lo que oían. ¡Estas personas perdidas y pecadoras podían si lo deseaban, escoger a Dios! ¡Increíble! La predicación del evangelio y la salvación están ciertamente relacionadas.

Nuestra lectura de hoy viene del evangelio según Mateo capítulo 28 versículos 18 al 20. Y allí Jesús dice,

“Y Jesús se acercó y les habló (a Sus apóstoles), diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”

Esa es la palabra de Dios. Eso es lo que Jesús mandó a los apóstoles hacer y lo que nosotros debemos hacer también. Oremos juntos. Padre celestial estamos agradecidos de que Tú nos has dado Tu palabra. Ayúdanos a hacer discípulos de aquellos que no te conocen. A acompañarlos para ayudarles a conocer la verdad y ser salvos. En el nombre de Jesús oramos, Amén.

Después de Su resurrección, el Señor Jesús dio Sus órdenes a Sus discípulos, la gran comisión. El Señor dijo en Mateo 28:19 al 20: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Jesús los comisionó para predicar el evangelio a cada persona en cada lugar por todo el tiempo.

Leyendo el libro de los Hechos, encontrarás un énfasis constante en predicar el evangelio. Pedro y los once predicaron en el Día de Pentecostés en Hechos 2. Cuando Pedro reveló a los judíos cómo Dios había hecho a Jesús Señor y Cristo, y que ellos lo habían crucificado, la gente entonces se llenó de culpa. Querían saber qué hacer. Bueno, Pedro no pasó tiempo diciéndoles que el Espíritu Santo ya había hecho un milagro en sus vidas. No. Él les dijo que se arrepintieran y fueran bautizados en el nombre de Jesús para perdón de los pecados (Hechos 2 versículo 38).

El versículo 41 dice: “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas.” Ahora bien, estos judíos, que habían crucificado a Jesús y necesitaban perdón, oyeron y aceptaron lo que Pedro dijo y lo obedecieron. ¡Tres mil se arrepintieron y fueron

bautizados! Vinieron al Señor obedeciendo lo que escucharon. No tuvieron una experiencia. No “oraron hasta recibir algo”. Simplemente aceptaron lo que Pedro predicó y obedecieron.

El versículo 42 dice: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones.” Se dedicaban a aprender más y más de la voluntad de Jesucristo. Contaban la historia de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús repetidamente a todos. Hechos 4 versículo 4 dice: “Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron; y el número de los varones era como cinco mil.” No hubo ninguna experiencia espiritual cambiando milagrosamente su naturaleza. Simplemente oyeron el mensaje y creyeron.

Hechos 6 versículo 7 dice: “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe.” Cuanto más predicaban el evangelio, más personas creían y se volvían obedientes a la fe.

Cuando surgió la persecución y los judíos apedrearon a Esteban, la iglesia no dejó de creer ni de predicar. Hechos 8:4 al 5 dice: “Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio. Entonces Felipe, descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo.” La predicación los guio por el camino. Y los llevó a actuar; el versículo 12 de Hechos 8 dice: “Pero cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres.” De nuevo, no hubo ningún cambio milagroso de corazones por el Espíritu Santo. El poder para cambiar corazones no fue alguna operación directa del Espíritu Santo, sino un cambio producido por la predicación del evangelio.

Más adelante en Hechos 8, Felipe instruyó a un eunuco etíope. Ahora bien, un ángel y el Espíritu Santo hablaron directamente al predicador Felipe, pero la comunicación entre Felipe y el eunuco fue una conversación normal. Simplemente no hay indicación de alguna experiencia espiritual cambiando milagrosamente al eunuco de pecador a creyente. Lo que tenemos es una simple predicación del evangelio.

En Hechos 8:34 el eunuco preguntó a Felipe: “Te ruego que me digas: ¿de quién dice el profeta esto, de sí mismo, o de algún otro?” Bueno, esta no es la pregunta de un hombre milagrosamente salvo; esta es la sincera pregunta de alguien que busca la verdad. Los versículos 35 al 36 dicen: “Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús. Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua; y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” Bueno, aquí fue la predicación lo que hizo la diferencia.

Cuando Saulo de Tarso iba por el camino a Damasco, fue milagrosamente cegado y tuvo una conversación con el Señor Jesús. Sin embargo, Hechos 9 no dice nada de que Jesús cambiara milagrosamente el corazón de Saulo en el camino. En Hechos 9 versículo 6 Jesús dijo: “Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer.” Ahora bien, aunque Saulo ayunó y oró fervientemente, no fue salvo hasta tres días después, cuando Ananías vino a él y le dijo lo que debía hacer. Le dijo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22 versículo 16). Para Saulo de Tarso la salvación no fue una experiencia que se “sintiera más de lo que pudiera expresarse.”, no, sino el lavamiento del pecado que vino cuando respondió al evangelio en el bautismo. Allí fue cuando sus pecados fueron lavados.

Cornelio, el primer convertido gentil, era un hombre piadoso que temía a Dios con toda su casa, oraba siempre, y daba muchas limosnas al pueblo judío; pero no era salvo. Un ángel se le apareció, pero

no hay indicación de que fuera salvo cuando el ángel apareció. El ángel le dijo que enviara por Pedro a Jope, y Cornelio así lo hizo. Bueno, Pedro vino a predicar a Jesús a Cornelio y a sus seres queridos. Según Hechos 11 versículo 14, Pedro habló “palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa.” No fue el don de hablar en lenguas lo que salvó a Cornelio y a su casa; fue la predicación del evangelio.

Dios usa el evangelio para tocar los corazones de las personas, para convencerlas de pecado y para enseñarles acerca de la salvación. Pablo quiso predicar en Roma, para que la gente pudiera ser salva. Pablo dijo en Romanos 1:13 al 16: “Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (pero hasta ahora he sido estorbado), para tener también entre vosotros algún fruto, así como entre los demás gentiles. A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma. Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego.” No es alguna experiencia lo que salva, sino una respuesta al evangelio. Según Romanos 1 versículo 5 Pablo dijo que él “recibió la gracia y el apostolado para la obediencia a la fe.” ¡La predicación del evangelio lleva a la obediencia al evangelio!

Y Pablo explicó en Romanos 6 versículos 16 al 18: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.”

Primero, las personas escogen obedecer el pecado o obedecer al Señor. Las personas no están tan totalmente corrompidas que no puedan desear o decidir seguir a Cristo. Segundo, estos esclavos del pecado entendieron y obedecieron la enseñanza desde el corazón. Sus corazones no estaban tan corrompidos como para impedirles obedecer la justicia. Tercero, la obediencia a la enseñanza transformó a estos esclavos del pecado en siervos de la justicia. Este pasaje en Romanos no dice nada acerca de una operación directa del Espíritu que milagrosamente cambie a las personas antes de la obediencia. Romanos claramente dice que creer y obedecer el evangelio es lo que transforma a las personas de pecadores a siervos del Señor.

1 Corintios 1 versículo 21 dice: “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.” La salvación no está en el mensajero sino en el mensaje del amor de Dios y de la cruz. La Biblia claramente dice que la fe viene por oír el evangelio predicado. Romanos 10:17 dice: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” Las personas llegan a la fe cuando oyen la palabra de Cristo. La fe sigue al oír el evangelio, no a alguna experiencia.

Juan escribió en Juan 20:30 al 31: “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro; pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.” La historia del evangelio de Jesús produce fe, que puede llevar a la vida eterna. Las Escrituras son divinamente inspiradas, sopladadas por Dios, y tienen el poder para traer fe y salvar.

Pablo escribió en 1 Corintios 15:1 al 3: “Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado

lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras.” Cuando las personas oyen, reciben y se afirman en el evangelio de Cristo, pueden ser salvas por él. Deben retenerlo para ser salvas.

Santiago 1:21 dice: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.” Las personas deben arrepentirse y aceptar con humildad la palabra de Dios. La palabra implantada, la palabra de Dios, “puede salvar vuestras almas.” Santiago no le dijo a la gente que “repitiera la oración del pecador” o que pidiera a Dios una experiencia. Lo que él hizo fue dirigirlos hacia el arrepentimiento y la humildad de corazón, de modo que pudieran recibir la Palabra.

Pedro sabía que nacer de nuevo no era por alguna experiencia milagrosa sino por oír y obedecer la palabra de Dios. Pedro dijo que los cristianos habían purificado sus almas por la obediencia a la verdad (1 Pedro 1:22). Él explica esto en los versículos 23 al 25: “siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.”

El Espíritu inspiró directamente a los apóstoles y profetas que escribieron la Escritura. Y Jesús prometió enviar escribas en Mateo 23 versículo 34, y ellos registraron Sus palabras para todas las generaciones. Y por eso vamos a la Biblia. Podemos conocer las palabras de Jesús porque los escribas las escribieron en el Nuevo Testamento. 2 Pedro 1:20 al 21 dice: “entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.” Los que escribieron la Escritura fueron movidos por el Espíritu Santo. No escribieron por iniciativa propia ni inventaron historias. Dios produjo las Escrituras obrando en y por medio de hombres. Dios usa el mensaje divino para traspasar nuestros corazones (como lo hizo en Pentecostés).

Dios nos atrae por medio del evangelio. El Señor Jesús dijo en Juan 6:44 al 45: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero. Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí.” El Señor nos atrae cuando oímos el mensaje de Su amor y gracia. Predicar la cruz atrae a la gente a Dios, no alguna experiencia personal. El Señor Jesús dijo en Juan 12:32: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo.” Cristo mostró Su amor y gracia sufriendo en la cruz. Y Su mensaje es lo que nos atrae a amarle y servirle.

Oremos juntos. Padre ayúdanos a mirar al mensaje, a conocer la verdad para que podamos ser salvos y tener vida eterna. Ayúdanos siempre a hacer Tu voluntad como está escrita y revelada en la Biblia. En el nombre de Jesús, Amén.

1 Timoteo 2 versículo 4 dice que Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.” El Padre dio a Su Hijo en la cruz para salvarnos y nos dio el mensaje del evangelio para que podamos conocer la verdad. Aun en pecado, las personas pueden arrepentirse y escoger seguir al Señor. ¡Hay esperanza para ti! ¡El evangelio son “buenas” nuevas! Y Jesús quiere que el evangelio sea predicado a todos. Él se preocupa por ti y se preocupa por tu alma.

A veces la gente cita Hechos 16 versículo 14 y dicen que el Señor cambia directamente y milagrosamente nuestros corazones. Hechos 16:13 al 14 dice que Pablo “sentándose, habló a las mujeres que se habían reunido. Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo; y el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía.” Bueno, sí, el Señor abrió el corazón de Lidia pero por el poder del mensaje del evangelio mismo. En Colosenses 4:2 al 4 Pablo pidió a la iglesia que orara “para que Dios nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso; para que lo manifieste como debo hablar.” ¿Por qué orar por una oportunidad para la Palabra? ¡Porque Dios usa el evangelio para abrir corazones!

Para ser salvos, debemos oír la palabra de Cristo. La fe viene por el oír. Si recibimos el mensaje del evangelio, la Palabra abrirá nuestros corazones. Con amor y fe debemos responder al evangelio poniendo nuestra confianza en Jesucristo, arrepintiéndonos de nuestros pecados, confesando a Jesús como el Cristo y el Hijo de Dios, y siendo bautizados. El bautismo en Cristo es una inmersión en agua. Y cuando eres bautizado, el Señor lava tus pecados (Hechos 22:16), te sepulta y te resucita con Cristo (Romanos 6:3 al 7), y te hace Su hijo (Gálatas 3:26 al 27). También te añade a Su iglesia. ¿Quieres creer y venir a Dios hoy?